

reforma eclesiástica. Por último, el tema de la Inquisición española (Apdo. IX) se centra en el famoso índice de 1559, resultando un tratamiento algo parcial de un tema de gran portada.

Así pues, sintetizando lo dicho hasta aquí: la obra presente supone una aportación importante para nuestra historiografía; hecha con audacia e ilusión; cubre una laguna muy grave que existía desde siempre en nuestra historia cultural y teológica. No obstante, como señalan sus autores (y ya recogíamos al principio), es un primer desbroce del campo, que necesitará ulteriores precisiones y desarrollos. De todas formas, el balance es altamente positivo.

JUAN BELDA PLANS

Giuseppe SGHERRI, *Chiesa e Sinagoga nelle opere di Origene*, Milano, Vita e Pensiero («Studia Patristica Mediolanensia», 13), 1982, 500 pp., 14,5 × 23.

Este libro fue presentado como trabajo de investigación en el «Fachbereich Katholische Theologie der Ludwig-Maximilians-Universität München» durante el semestre de invierno 1977-78. La redacción definitiva incorpora notables mejoras al texto anterior.

No es pretensión del autor abordar un estudio global de la Eclesiología origeniana. Se limita a profundizar en un aspecto del pensamiento teológico de Orígenes que, si bien arroja luces sobre el misterio de la Iglesia, sin embargo no llega a agotar el tema. Se trata de las relaciones entre la Sinagoga judaica y la Iglesia cristiana. En este libro no sólo se valora la relación Israel-Iglesia, sino que se contribuye al conocimiento sobre las relaciones entre judíos y cristianos en la Antigüedad y también al de la concepción de la historia en el Alejandrino.

Sgherri distingue acertadamente, tras la lectura directa de Orígenes, entre la que denomina «Sinagoga antigua» y la que califica «Sinagoga contemporánea». La primera alude al mundo judío, especialmente en sus aspectos culturales y religiosos, anterior a la llegada del Mesías; y la segunda se refiere al judaísmo posterior a Cristo. Orígenes juzga la Sinagoga contemporánea en dependencia de lo que él pensaba que había sido la antigua. De modo similar, la Iglesia, para él, no es sólo la antítesis de la Sinagoga, sino su continuadora. Por eso, la herencia de Israel en la Iglesia es uno de los valores que el Alejandrino más sobreestima en su Eclesiología. A esta temática de la continuidad Israel-Iglesia se le ha denominado «teoría de la sustitución»; G. Sgherri tiene razón cuando matiza que esta sustitución es, además, una superación, porque la Iglesia es, por la fe en Cristo, un nuevo Israel espiritual.

Orígenes ha apreciado a los judíos. Si bien es cierto que sus escritos testimonian una recíproca oposición religiosa entre hebreos y cristianos de la época, nuestro apologista defiende a los judíos de las acusaciones paganas, ya que se siente solidario con ellos por el hecho de ser creyente

en las Escrituras. Más aún, cuando uno se incorpora al cristianismo, se hace «verdadero judío», y abandona las cosas «patrias» para insertarse en las Escrituras. Más aún, cuando uno se incorpora al cristianismo, se so es su parecer cuando valora la colocación del Israel contemporáneo. La Sinagoga plantea un grave problema al cristiano, porque éste, acogiendo el Antiguo Testamento, no debe judaizarse, mientras que la Sinagoga de época cristiana, precisamente por «judaizar», no cree en Cristo. Desde este punto de vista, la temática Iglesia-Sinagoga reconduce a la clave de la cuestión: Jesucristo.

Para Orígenes el cuadro teológicamente negativo de la Sinagoga contemporánea deriva de que ella, aun poseyendo las mejores condiciones para acoger a Jesús, lo rechazó y lo rechaza. Manteniendo el Antiguo Testamento sin creer en él, según afirma Orígenes acerca del judaísmo, se honra un cuerpo muerto después de que se le ha quitado deliberadamente el alma. En el centro del problema crítico entre cristianos y judíos, esto es, la consideración acerca de la realidad de Jesucristo, está la cruz. Este «escándalo» implica la crítica del mesianismo terrestre, una superación del modo de entender las promesas veterotestamentarias. La Sinagoga se encuentra en la condición de estar abandonada por Dios, como una mujer adúltera lo es por el marido. Signo del abandono es la destrucción del Templo: castigo de cuanto Israel ha obrado con Jesús, pero también signo del final de los «tipos», ya que con Cristo ha venido la realidad por ellos significada. Otro signo de abandono es la ceguera y sordera de Israel en el hecho de interpretar las Escrituras, que por el contrario deben ser leídas a la luz de Cristo. Se trata de un abandono total. No obstante, la destrucción de Israel no es instrumentalizada por Orígenes en pro de una autoglorificación de la Iglesia, sino que sirve más bien para alabar la misericordia de Dios hacia los gentiles y para amonestar a los cristianos de lo que podrían padecer si perdieran la fe. Por eso, sobre esta base de nohumillación del Israel destruido, el Alejandrino se manifiesta sinceramente interesado por la salvación final de Israel (cfr. *Rom* 11, 25-26).

Distinto era, para Orígenes, el estatuto teológico de la Sinagoga antigua. En ésta se aprecian tanto los gérmenes de la Iglesia como los de la Sinagoga contemporánea, no creyente. En cuando a la prefiguración de la Iglesia, los «santos» del Antiguo Testamento, estos «atletas» combatientes han entrevisto e incluso pre-vivido algo de la realidad nueva del cristianismo. Pero este pre-vivir se funda sobre la venida histórica de Jesucristo. La santidad de aquellos, aun siendo grande, es analizada en relación a la capacidad de su época. Una cierta evolución desde Abrahán a Moisés y a los profetas es apreciable en el interior del Antiguo Testamento: se camina, por una parte, hacia Jesús y, por otra, cada uno tiene la posibilidad de cumplir en sí, en cierta medida, el camino histórico. Además, cada profeta anticipa en su propia carne la acción de Jesús, su cruz, su sufrimiento fecundo. Pero, al mismo tiempo, frente al profeta se sitúa el pueblo, que prefigura la Sinagoga no-creyente, cerril ante la fe y la conversión. Por tanto, el pueblo del Antiguo Testamento, en la medida en que no cree, se sitúa en la línea de la Sinagoga actual y, en cuanto cree, en la de la Iglesia.

La Antigua Ley es considerada por Orígenes como una vía hacia

Jesús. Ley y culto son, pues, sombra de una verdad representada por realidades futuras y celestes, que operan en el tiempo de la Iglesia, aunque se cumplan definitivamente en la escatología. Ahora bien, la Ley Antigua no se dirige tan sólo al Evangelio terreno, sino directamente a la ley celeste y al Evangelio eterno. Esto significa que la Iglesia de este mundo no puede ponerse a sí misma en el centro de las cosas, no puede leer el Antiguo Testamento sólo en función de sí, en una especie de autocontemplación y de autocomplacencia. Tanto la Sinagoga antigua como la actual Iglesia permanecen sobre el plano de lo visible y de lo terreno, mientras que las realidades últimas, que están en el fundamento de las cosas, son celestes. Pese a esto, no se refieren a las realidades celestes de la misma manera. Mientras el cristiano puede aspirar al cielo, lugar donde Cristo ha ascendido, el hombre del Antiguo Testamento permanece en la espera de la venida de Cristo. No se puede tratar el problema Iglesia-Sinagoga prescindiendo de la cristología. La figura de Juan el Bautista, colocada en el confín de los dos Testamentos, no hace más que confirmarlo.

La venida de Cristo ha roto los equilibrios precedentes, produciendo una inversión de posiciones, porque ahora son los gentiles los que vienen a la fe, llamados por Dios después del rechazo de Israel. La Iglesia, para nuestro Alejandrino, es una Iglesia *ex Gentibus*, aunque haya tenido su inicio y continúa teniendo miembros provenientes *ex Iudaeis*. La Iglesia se constituye a partir de una respuesta de fe a una llamada de Dios, que no es fruto de méritos, sino de misericordia, de una gracia completamente gratuita. Es una Iglesia que proviene de la prostitución de la idolatría, pero que recobra la virginidad con la fe: una Iglesia que vivía en la esterilidad y que ahora produce fruto.

La relación de continuidad, de oposición y de interdependencia entre la Iglesia y la Sinagoga (antigua o contemporánea) resalta también a partir del modo con que Orígenes se sirve de los términos «pueblo» y «pueblos»: «pueblo» (*laós, éthnos*) y «pueblos» (*éthnē*). La teología del pueblo de Dios es fundamentalmente la de los dos pueblos, el antiguo y el nuevo, en su parentesco (uno es hermano —o hijo— del otro), pero también en su contraposición, de la que depende el paso de la realidad del Antiguo a la del Nuevo Testamento. La Iglesia proviene de varias «naciones», pero este dato, teológicamente importante, no viene desarrollado por el Alejandrino hasta el punto de construir una teología sobre el lugar que ocupan en la Iglesia las diversas gentes, ya que la única distinción entre los creyentes que tiene verdaderamente relieve es el porvenir de los judíos o de los gentiles.

Por lo que se refiere a la estructuración de la Iglesia en relación a la de la Sinagoga antigua, se puede observar que las funciones presentes en esta última se corresponden en general con las estructuras de la jerarquía de la Iglesia, aunque no del mismo modo: en la tipología sacerdotal, por ejemplo, Orígenes da relieve a la figura del mártir, además del sacerdocio interior; sin embargo, no desarrolla acerca del sacerdocio una teología de los ministerios.

En cuanto a la legislación y el culto en la Iglesia, Sgherri advierte que el Alejandrino se inspira poco en el Antiguo Testamento como mo-

delo. El se interesa poco por la visibilidad del culto cristiano y, si comenta las fiestas del Antiguo Testamento, reenvía a Jesucristo o a las festividades en el Cielo, y no a las celebraciones litúrgicas de la Iglesia. Orígenes no tiene la tendencia a asumir en este campo modelos veterotestamentarios.

El trabajo de G. Sgherri pone de relieve el interés que Orígenes tuvo por el problema de los judíos, la amplitud de la temática Iglesia-Sinagoga y la centralidad que reviste este argumento en su Eclesiología. Esta se revela como una Eclesiología de los grandes tiempos históricos de la salvación: lo único importante para la historia del mundo es la relación que mantiene con Jesucristo.

El método de investigación adoptado por G. Sgherri ha tenido sin duda el acierto de esforzarse, como él mismo afirma, por proceder con precisión filológica. Los comentarios al léxico origeniano y la recta comprensión de la exégesis del Alejandrino constituyen el punto de partida del análisis de Sgherri. No obstante, quisiéramos realizar una pequeña observación al método adoptado en el trabajo: nos llama la atención la escasez de textos de Orígenes citados literalmente. La ausencia de pasajes origenianos obliga al autor a realizar largos comentarios y detalladas paráfrasis de los textos omitidos; por eso, se resta fluidez a la lectura del libro que se ve dificultada, a veces, por cierta minuciosidad en el análisis. También es cierto que este modo de proceder evidencia una gran capacidad de trabajo por parte de su autor. Cierran el libro un sumario en lengua inglesa y diversos Indices que facilitan la lectura del trabajo.

ALBERTO VICIANO

Pierre RICHÉ, *La educación en la cristiandad antigua*, Barcelona, Herder, 1983, 174 pp., 12 x 20.

La línea argumental del presente volumen podríamos resumirla en las siguientes expresiones: «La muerte de una institución suscita siempre muchos comentarios. El fin de la escuela antigua no escapa a esta regla. ¿En qué fecha se puede fijar su partida de defunción?» (p. 159). En efecto, tanto la estructura como los contenidos del libro no tienen otro objeto que el de dar respuesta al interrogante planteado en la página citada.

Dos partes dividen las páginas del trabajo de P. Riché: en la primera se señalan cuatro apartados en los que discurre una síntesis sobre *El ocaso de la educación antigua*, *Comienzos de las escuelas cristianas*, *Los educadores carolingios*, y *Escuelas y educación en los siglos X y XI*. La segunda parte, que se titula *Elementos de «dossier» y estado de la cuestión*, nos muestra una estupenda selección de treinta y tres textos, que van desde el siglo IV hasta el siglo XI; y cierra esta segunda parte un apartado dedicado a la exposición realizada por los historiadores de alta edad media sobre la época en que desapareció la escuela antigua.